

Naguib Mahfuz
Los susurros de
las estrellas

Traducido del árabe
por Ignacio Gutiérrez de Terán

Alianza editorial

Título original: **همس النجوم**

Published by arrangement with RAYA the agency for Arabic literature.

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Imagen de cubierta: Fotografía del autor tomada el 13 de octubre de 1988 en su mesa de trabajo en El Cairo, tras el anuncio de su concesión del Premio Nobel de Literatura. © Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Naguib Mahfuz, 1993-1994. © 2018, Dar al Saqi, Beirut, Lebanon.

© del discurso de aceptación del Premio Nobel: The Nobel Foundation, 1988

© de la traducción: Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita, 2021

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-576-8

Depósito legal: M. 25.712-2021

Printed in Spain

Introducción

Roger Allen (Traductor al inglés)

El descubrimiento de un borrador con dieciocho relatos breves inéditos de un Premio Nobel de literatura constituye, por fuerza, un acontecimiento relevante. Con mayor motivo en el caso concreto del egipcio Naguib Mahfuz, galardonado en 1988, debido a su posición central en el desarrollo de la ficción moderna en lengua árabe y su protagonismo en la vida social y política del Egipto contemporáneo a través de sus artículos periodísticos y obras de narrativa.

Otro motivo para justificar el interés de esta colección radica en el cúmulo de peculiares circunstancias que jalaron el hallazgo, casi doce años después de la muerte del autor. Parece que el periodista egipcio Mohamed Shoair (a quien tuve la oportunidad de conocer en El Cairo en 1990 y con quien he mantenido contacto reciente) estaba preparando un ensayo sobre el trabajo más polémico de Mahfuz, la novela *Awlad haratna* (*Hijos de nuestro barrio*), publicada en 1959 en forma de entregas por el diario cairota *al-Abram*¹. Shoair

1 Primera versión española aparecida en Ediciones Martínez Roca, Barcelona, *Hijos de nuestro barrio*, 1990. Traducción del árabe a cargo de D. G. Villaescusa *et al.*

había contactado con la hija de Mahfuz, Umm Kulthum, con el objeto de recabar información para su investigación; y, según él mismo nos cuenta, halló el manuscrito en el cajón de un escritorio con una nota que rezaba «a publicar en 1994». Ese año en particular resultó ser trascendental para el escritor: el 13 de octubre, sexto aniversario del anuncio por parte de la Academia Sueca de que se le concedía el galardón, sufrió un atentado —una cuchillada en el cuello— cerca de su apartamento en al-Doqqi, un barrio residencial de El Cairo. El intento de asesinato venía precedido de una fetua (dictamen basado en la jurisprudencia islámica), emitida por el ulema islamista radical Omar Abdel Rahmán, apodado el «*jeque ciego*». Este, líder del grupo armado *Yemaa Islamiya*, había condenado a Mahfuz a muerte por negarse a censurar los *Versos satánicos* de Salman Rushdie como obra herética y, de paso, por el contenido de la referida *Awlad baratna*. Este suceso traumático afectó profundamente a Mahfuz, más allá de que la agresión le dejara inhábil el nervio del cuello que regía el movimiento de la mano con la que escribía. Por lo tanto, la mención de esta fecha en concreto, 1994, ha de suscitar una serie de cuestiones sobre el contexto de estas dieciocho historias y su proceso de redacción. No obstante, antes de examinar el contenido y la temática de estos relatos, me gustaría detenerme en las narraciones de Mahfuz que podrían considerarse antecedentes directos de aquellos, al objeto de insertarlas en el marco general de la amplia producción del escritor egipcio.

Las obras completas de Naguib Mahfuz se publicaron de forma periódica a lo largo de los últimos sesenta años de su carrera, casi siempre a cargo de la editorial Maktabat Misr, gestionada por un viejo amigo y socio suyo, Abd al-Hamid

Jawdat al-Sahhar, novelista él mismo. Recientemente, La Universidad Americana de El Cairo las ha traducido al inglés². Sin embargo, en tiempos asimismo recientes, algunos investigadores han seguido el rastro de colecciones publicadas en su momento de manera subrepticia o semiclandestina, al tiempo que han logrado recuperar manuscritos que permanecían inéditos. El propio Mahfuz admitió en alguna ocasión que nunca había sentido una excesiva preocupación por el destino (y preservación) de los textos originales de sus obras de ficción. La anécdota siguiente resulta elocuente: según cuenta él mismo, un día de 1952 llevó el legajo de mil quinientas hojas de su famosa novela sobre El Cairo, que luego se convertiría en trilogía³, al despacho del referido al-Sahhar. Había estado trabajando cinco años en ella. Aquello fue en abril, meses antes de la Revolución de los Oficiales Libres que llevó, en julio, a Gamal Abdel Naser al poder. El editor objetó, no sin razón, que se trataba de un tamaño excesivo. Mahfuz abandonó la editorial sin llevarse el texto, del que no tenía copia. Afortunadamente para la literatura mundial, al-Sahhar lo guardó en su escritorio y, pasados los años, se decidió a publicarlo en tres volúmenes, entre 1956 y 1957.

2 Buena parte de su producción narrativa ha sido traducida al español, sin que exista un catálogo de obras completas —alguna editorial sí abrió una colección particular, La biblioteca de Naguib Mahfuz (Planeta), pero con un número reducido de títulos—. Su legado comprende más de cuarenta novelas, un centenar de colecciones de relatos y numerosos ensayos y guiones para cine y televisión, junto con sus artículos de opinión en la prensa egipcia.

3 La Trilogía de El Cairo se compone de las siguientes novelas: *Entre dos palacios* (Barcelona, Alcor, 1989, traducción del árabe de Eugenia Gálvez Vázquez, Rodolfo Gil Grimau, María Dolores López Enamorado, Rafael Monclova Fernández y Clara María Thomas de Antonio), *El palacio del deseo* (Barcelona, Alcor, 1990, traducción de Eugenia Gálvez Vázquez, Rodolfo Gil Grimau, María Dolores López Enamorado, Rafael Monclova Fernández y Clara María Thomas de Antonio) y *La azucarera* (Barcelona, Alcor, 1990, traducido del árabe por de Eugenia Gálvez Vázquez, Rodolfo Gil Grimau, María Dolores López Enamorado, Rafael Monclova Fernández y Clara María Thomas de Antonio).

Puede que el hallazgo de estos dieciocho relatos inéditos no constituya un hecho sin precedentes, pues sabemos de otros manuscritos de los que nadie tenía constancia que han acabado viendo la luz tras la muerte de Mahfuz; ahora bien, como hemos señalado antes, nos puede ayudar, entre otras cosas, a reconstruir el proceso de selección de las historias que habrían de componer su primera colección de relatos, *Hams al-Yunun* («Los susurros de la locura»), en 1938⁴.

¿En qué contexto histórico y temático pueden situarse estos relatos? Tras leerlos, y traducirlos al inglés, me resulta evidente que el protagonismo absoluto recae, en todos ellos, sobre la figura de *al-hara*, el barrio. Las primeras publicaciones de Mahfuz, que se remontan a la tercera década del siglo pasado, fueron ensayos filosóficos, en los cuales reflejó sus intereses académicos de aquel tiempo, y relatos breves. Sus tres primeras novelas, publicadas entre 1939 y 1942, ilustran su inveterado interés en el Egipto antiguo, estimulado por las visitas semanales al Museo Egipcio en compañía de su madre, de la cual fue el hijo menor durante más de diez años⁵. Sin embargo, los cambios políticos que se sucedieron en el país a lo largo de los años treinta y cuarenta terminaron llevándolo por una senda bien distinta, influido, además, por sus lecturas de las obras de ficción europeas. Entre ellas, sabemos que tuvieron gran importancia las que se desglosan en

4 El cuento que da título a la colección está en español dentro de la antología *Siete cuentistas egipcios contemporáneos*, seleccionados y traducidos por Pedro Martínez Montávez, Madrid, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 1964.

5 Mahfuz escribió varias novelas ambientadas en el Egipto faraónico. Entre las traducidas directamente del árabe, resaltemos: *Rhadopis, una cortesana del Alto Egipto*, Barcelona, Edhasa, 1994, trad. de María Luisa Prieto y Muhammad al-Madhkuri; *La batalla de Tebas: Egipto contra los hicsos*, Barcelona, Edhasa, 1995, trad. de María Luisa Prieto y Muhammad al-Madhkuri; *La maldición de Ra: Keops y la gran pirámide*, Barcelona, Edhasa, 1996, trad. de Ángel Mestres Valero; *Akbenatón*, Barcelona, Edhasa, 1996, trad. de Ángel Mestres Valero.

el apéndice de *The Outline of Literature, 1923-1924*, de John Drinkwater. En los cuarenta, precisamente, inauguró la serie de novelas que más nos interesan aquí, centradas en el acontecer diario en los barrios populares de El Cairo. Dos en concreto, *Jan al-Jalili* (1945) y *Zuqaq al-Midaqq* (1947), se desarrollan, como el nombre indica, en lugares emblemáticos de la parte vieja de la ciudad⁶. Tras el Nobel de 1988, Mahfuz participó en un documental, junto con su buen amigo el novelista Gamal al-Ghitani, en el cual regresaba a las calles que tantas veces recorriera de niño. Su palpable querencia por aquellos lugares, con sus coloridas historias, atmósfera única y personajes peculiares, como los *futuwwat* o matones callejeros, aparece de forma insistente en tales escritos. Ahora bien, el interés mostrado, hasta la Trilogía de El Cairo, en mostrar en detalle la realidad cotidiana de aquellos barrios populares, violenta y áspera la mayor parte de las veces, sufre una notable transformación en el periodo consecuente a la Revolución de 1952. Tras unos años de inactividad narrativa, silencio que resulta de por sí significativo, la publicación de *Hijos de nuestro barrio*⁷ en 1959 consagra un nuevo modo de narrar y describir el cosmos de *al-hara*.

Hemos apuntado con anterioridad que la novela apareció en forma de entregas semanales en el periódico cairota *al-Abram*, a partir de septiembre de aquel año. Si tomamos en consideración el éxito fulgurante que los tres volúmenes de la Trilogía de El Cairo habían cosechado solo dos años antes,

⁶ *Jan al-Jalili*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, traducción de Belén Campo García; *El callejón de los milagros*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1989, traducción de Elena Valentí.

⁷ *Hijos de nuestro barrio*, Barcelona, Alcor, 1990, traducción del árabe de Eugenia Gálvez Vázquez, Rodolfo Gil Grimau, María Dolores López Enamorado, Rafael Monclova Fernández y Clara María Thomas de Antonio.

no debería sorprender que nadie se tomase la molestia de anunciar el acontecimiento a bombo y platillo. Bastó con que se pusiera en primera plana el título del libro y el nombre del autor: Naguib Mahfuz. Los lectores no tardaron en percatarse, leyendo entre líneas, entrega tras entrega, de que los sucesos y personajes de este *hara* en particular encerraban una notable carga simbólica. La figura del protagonista, Adán, por ejemplo, pasa por una serie de vicisitudes que recuerdan a las del Adán bíblico, incluida la expulsión del barrio/paraíso. El *hara* al que se alude en el título, descrito por el narrador a partir de los relatos de bardos y cronistas tradicionales, se convierte en el hábitat natural de generaciones de moradores que, según la época, se ven dirigidos por líderes religiosos que remiten, a su vez, a grandes profetas (Moisés, Jesús y Mahoma). Las revelaciones proféticas y el paso de una religión a otra se entrecruzan de esta guisa con los actos violentos de los matones del barrio y la omnipresencia de la «casa de Gabalawi», un lugar misterioso situado en los contornos del vecindario desde el cual su dueño, Gabalawi, había decretado la expulsión de Adán.

Las resonancias simbólicas de este serial novelado tampoco pasaron desapercibidas para *al-Azhar*, la principal institución religiosa y docente del islam sunní, situada en el barrio fatimí de El Cairo. Sus ulemas reclamaron con denuedo su confiscación; sin embargo, el director de *al-Abram*, Muhammad Hasanayn Haykal, se negó a dejar de publicarlas. En todo caso, cuando las entregas se completaron —todavía pueden consultarse los ejemplares originales en el archivo del periódico—, Mahfuz llegó a un acuerdo con las autoridades de *al-Azhar*, el cual estipulaba que no se imprimirían en forma de libro en vida del autor. No obstante, en 1967,

Awlad baratna apareció editado en Beirut, sin conocimiento ni mucho menos permiso previo del escritor.

Traigo a colación tales detalles con el propósito de ilustrar que la institución de *al-hara*, en su vertiente más simbólica, se habría de convertir en un recurso frecuente en los escritos que Mahfuz publicaría a partir de *Hijos de nuestro barrio*. Estos dieciocho cuentos, me permitiría añadir, así lo certifican. Ya en los setenta, después de una década en la cual había generado una cantidad asombrosa de novelas y colecciones de relatos breves, caracterizados por un estilo más parco y alusivo, Mahfuz regresó a *al-hara* como hábitculo natural de sus historias. Mientras que *Hikayat baratna* (*Historias de nuestro barrio*, 1975)⁸, por ejemplo, con sus setenta y ocho historias insertas en El Cairo de los años veinte y su preocupación por las vidas de sus habitantes en un periodo de cambios profundos, constituye un claro precedente del contexto espacial de los relatos que aquí nos ocupan, es su autobiografía novelada, *Asda al-sira al-dhatiyya* (1994)⁹, el antecedente más inmediato, por una serie de motivos, de nuestra colección. Este recuento de memorias, lo mismo que *Awlad baratna*, vio la luz por entregas en *al-Abram*. 211 historias cortas incluidas en la edición del viernes del periódico, entre febrero y abril de 1994. La fecha de aparición de estas entregas, de gran extensión, en un momento que se reveló crucial para Mahfuz, pocos meses antes de sufrir el vil acuchillamiento, junto con el hecho de que nuestras dieciocho historias aparecieran con una instrucción que señalaba «a

8 *Historias de nuestro barrio*, Madrid, Libertarias Prodhufi, 1989, traducción de María Rosa de Madariaga Álvarez-Prida.

9 *Ecos de Egipto. Pasajes de una vida*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1997, traducción de María Luisa Prieto.

publicar en 1994», conceden una significación especial a la aparente yuxtaposición temporal de ambas colecciones. Lo mismo cabría decir sobre las cuestiones que he suscitado con antelación respecto a la cronología y el objeto genérico de la presente colección.

Señalemos, de manera concisa, que *Ecos de Egipto. Pasajes de una vida* se compone de una abundante panoplia de relatos breves, los cuales, a su vez, podrían dividirse en dos bloques. En el primero, un narrador rememora sucesos destacados de su vida y cómo eran sus relaciones con vecinos y allegados. En el segundo, a partir del texto número 112, se presenta al lector la figura del jeque Abd Rabbih al-Ta'ih («El errabundo siervo de Dios»), un personaje que dispensa con profusión homilias repletas de sentencias y aforismos diversos. Por ejemplo: «La única cosa más estúpida que un creyente estúpido es un infiel estúpido» o «La gente más poderosa es la que perdona».

En estos dieciocho textos traducidos del original árabe nos encontramos, de nuevo, con relatos, muy breves en algún caso, cada uno con su título y siempre con *al-hara* como entorno natural de todos ellos. Pero, además, al igual que en obras precedentes que acabamos de reseñar, este lugar marco adquiere una función de mayor amplitud y simbolismo como muestra de la naturaleza y la tipología de un cosmos humano, con sus fobias, conflictos, relaciones, triunfos y derrotas. Dos personajes clave desempeñan cometidos variables en todas o la mayor parte de las historias. El primero, que aparece e interviene en todas ellas salvo en una, «Tawhida», es *sheij al-hara*, que hemos traducido como «jefe o responsable del barrio»; el segundo, que actúa como confidente y consejero de este, es el imán de la *zawiyya*, una combinación de mez-

quita, escuela coránica y fuente para las abluciones —que nosotros hemos vertido con el término genérico de «mezquita»—. Ambos, en su condición de «personajes de autoridad», se ven concernidos con frecuencia por las acciones emprendidas por los vecinos del barrio, tanto de quienes residen en él como de aquellos que retornan tras una prolongada ausencia. Además del barrio en su conjunto y la mezquita como emplazamiento estratégico, hay un lugar que se convierte en escenario o referencia de numerosas historias: el *qabw* («sótano o galería subterránea»), situado en la proximidad de *al-busn al-qadim* o fortaleza vieja. Tanto residentes como visitantes mantienen, según los casos, encuentros con seres incorpóreos o fuerzas desconocidas; o, cuando menos, hablan con profusión de ellos. Esto corrobora la vigencia de otro de los grandes temas de Mahfuz, a saber, el sufismo, y más concretamente la dualidad *al-záhir* / *al-bátin*, lo que es «evidente» y se ofrece a la vista frente a lo «oculto» porque no se percibe a simple vista. En determinados relatos, aquellos que mantienen encuentros con espíritus sobrenaturales en la galería subterránea salen de allí con la percepción alterada y una actitud que conduce a un enfrentamiento directo con las dos autoridades principales de la barriada. En definitiva, estas narraciones, como tantas a las que hemos hecho referencia, confirman la querencia constante y progresiva por parte de nuestro autor por convertir una comunidad y un lugar de dimensiones reducidas en un elemento simbólico desde el que trascender a cuestiones de resonancia universal.

Al hilo de las técnicas narrativas de Mahfuz, hice alusión a su progresiva tendencia, según pasaban los años, a condensar la expresión y hacerla más alusiva. Puede apreciarse esta opción con mayor nitidez en las obras fechadas en los noven-

ta, incluida esta colección. Mahfuz era plenamente consciente de los cambios que estaba llevando a cabo. En una conversación telefónica que mantuvimos en 1971, recabó mi atención hacia un nuevo modo de escribir, tal y como lo denominó, que ya estaba aplicando a sus series de viñetas, *al-Maraya* (1972)¹⁰. Al contrario de lo que sucedía en las «novelas de barrio» fechadas en la década de los cuarenta, en estas dieciocho piezas apenas si se describe el entorno, de tal manera que sería muy complicado hacer un mapa o dibujo de él. El lector se ve emplazado de forma inmediata ante el objeto central de la narración, sin los prolegómenos ni las convenciones estilísticas y descriptivas, si acaso las mínimas, que suelen regir este tipo de composiciones literarias. Los diálogos, donde abundan los enfrentamientos dialécticos y los desafíos a las normas tradicionales, resultan contundentes y enérgicos, ya que los moradores del barrio se ven obligados a lidiar con situaciones desconocidas y buscar soluciones a problemas familiares y sociales que el destino y las dinámicas de fuerzas sobrenaturales han arrojado en su camino.

He tenido la oportunidad de traducir cinco de las novelas y colecciones de relatos breves de Mahfuz, todos ellos anteriores a 1970. Verter el estilo y la estructura de una de las últimas producciones del autor, los dieciocho cuentos que aquí presentamos, se me antoja un reto enormemente gozoso. Las decisiones que he tenido que tomar en el proceso de traducción me han llevado a la conclusión de que este manuscrito de reciente hallazgo constituye el reflejo sublime de sus últimas tendencias creativas, entre las cuales la función simbólica de *al-hara* adquiere un protagonismo de mayor ca-

10 *Espejos*, Madrid, Cátedra, 1999, traducción del árabe de María Luisa Prieto.

lado que el que podemos apreciar en etapas anteriores de su dilatada singladura artística. Al cabo, nos quedamos con una pregunta que sigue sin respuesta y, probablemente, nunca la tendrá: puesto que estas dieciocho historias muestran una indudable unidad de lugar, propósito y estilo, ¿conforman una obra completa y cerrada o deberían inscribirse en un proyecto más amplio que quedó sin acabar? Lo único cierto es que nos hallamos ante un misterio que, hoy por hoy, no sabemos desvelar. Mientras llegamos a alguna conclusión al respecto, sintámonos cierta y enormemente agradecidos por este inesperado regalo.

Los susurros de las estrellas

Tawhida

La casa blanca estaba situada dos edificios antes del sótano o galería subterránea según venías de la plaza, por el lado de la derecha. La llamaban así por el color de la piel de sus inquilinos. Y tú, Tawhida, eras la joya de la corona en aquella casa blanca. ¡Loado sea quien te creó y te dio figura tan perfecta! Tenías una belleza arrebatadora que jamás hube de ver en nadie más, por mucho que su ensoñación sea hoy más intensa en mi imaginación que nítido su recuerdo en la memoria. Por lo general, solo veíamos a los moradores de la casa blanca de lejos, salvo a Tawhida, que, para nuestra fortuna, acabó uniéndose a nuestra familia por mor del matrimonio. Así pudimos conocerla de cerca y apreciar sus múltiples virtudes. A pesar de mi corta edad, me sentía embriagado cuando contemplaba su piel sonrosada y la negrura de su pelo; o cuando escuchaba la melodía de su voz, que nosotros tratábamos de remedar henchidos y ufanos. Al principio, la recibimos con mucha precaución y cuidado, pero las puertas pronto quedaron abiertas de par en par; y, de este modo, donde antes imperaba la reticencia se impuso una confiada familiaridad.

Era la sencillez personificada, sin imposturas ni afectaciones, sensible, amable y maternal. Nunca pudimos olvidar la mañana en que el automóvil de la escuela de enseñanza europea apareció por primera vez para llevarla regularmente al trabajo. Entonces, la gente del barrio dijo que la chica se había «occidentalizado». Occidentalizarse, para aquellos, significaba hacer algo nuevo, inquietante e, incluso, peligroso; algo que, sin embargo, podía significar también un motivo de orgullo. Y era esa persona tan digna de admiración la que se había venido a vivir con nosotros, con sus interjecciones en francés e italiano, y sus vestidos a la última moda, ora declamando las máximas de Descartes y los versos de Baudelaire, ora tocando al piano una pieza de Beethoven, con partitura y todo. No nos molestaba ni asustaba que hiciera todas esas cosas tan extrañas, porque era tan suma y embriagadoramente hermosa y alegre como entretenida y cautivadora a la hora de contarnos anécdotas graciosas. Además, también sabía hacer, y muy bien, las cosas de las que nosotros estábamos prendados. Como escuchar a Munira al-Mahdiya, Sáleh Abdel Hayy y Sayyid Darwish. Tan pronto se arrancaba con el «Claro de luna» como nos cantaba «Ha salido el más hermoso de los soles», de Sayyid Darwish, o recitaba los poemas de Shawqi y Háfez. Y, por si fuera poco, no se saltaba un solo rezo diario ni el ayuno de Ramadán; y todos los días escuchaba el recitado de las aleyas coránicas, en boca de Ali Mahmud o Ahmad Nada. Pero lo más asombroso venía cuando le enseñaba la palma de la mano a Umm Raqiya y le pedía: «Cuéntame, qué nos tiene reservado el futuro».

Ni Beethoven ni Descartes ni Baudelaire habían podido extirpar de lo más recóndito de su espíritu los mandamientos de nuestro viejo testamento, todos aquellos ritos y costum-

bres tan preciosos para las gentes de nuestro barrio. Por eso seguía creyendo en los inciensos, las adivinas y la presencia de genios y demonios en la fortaleza vieja que se alzaba a los pies de la galería subterránea.

El tiempo dispersó las ramas del árbol familiar por diversos lugares, cada una según su conveniencia. A ella le tocó desplazarse al barrio de Zamalek, en la parte nueva de El Cairo. Luego partió al extranjero, donde permaneció una temporada, al cabo de la cual regresó a su domicilio. Primero fue madre, luego abuela... No volví a verla durante todos aquellos años. Sin embargo, su recuerdo quedó siempre prendido en mi memoria, entre los efluvios de su hermosa y grácil juventud y la fascinación que emanaba de todo cuanto hacía y decía.

Cierto día estaba yo sentado en la acera de *La Corniche* de Alejandría, junto a un hotel, oteando el Mediterráneo, cuando un automóvil se paró justo delante de mí. Una anciana me saludaba con la mano. Iba sentada junto al conductor. No la reconocí. Cómo podía hacerlo: aquel rostro se parecía al de cualquier anciana que hubiera visto antes. Piel arrugada y chupada, pálida, ajada, estriada. Además, llevaba unas gafas de sol que le cubrían buena parte del rostro. Reparó en mi desconcierto y trató de ayudarme.

—¿Es que no sabes quién soy?

En cuanto escuché aquella voz melodiosa, el pasado estalló con toda su vigencia, como un frasco de perfume hecho añicos. Salí disparado hacia ella, atropellado por el rubor de la nostalgia. Intercambiamos saludos y muestras de cordialidad mientras yo me sumergía en ensoñaciones que se remontaban a tiempos remotos. Ella se rio.

—Si no me reconoces, ¡la culpa no es mía!